



Comentario bibliográfico

Healey, Mark: *El peronismo entre las ruinas. El terremoto y la reconstrucción de San Juan, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.*

Erwin Hochbaum

*Universidad de Buenos Aires
erwin.hochbaum@gmail.com*

*Fecha de recepción: 25/04/2014
Fecha de aprobación: 07/05/2014*

O riginalmente editado por Duke University Press, la presente obra del doctor en historia latinoamericana Mark Healey fue publicada en castellano en 2012 como parte de la colección “Historia y cultura” de la editorial Siglo XXI dirigida por Luis Alberto Romero. Formado inicialmente como ingeniero civil, este autor de origen norteamericano lleva adelante una novedosa propuesta de acercamiento al surgimiento del peronismo. Tomando como punto de partida el estado de destrucción que generó el terremoto de San Juan de 1944, Healey indaga la relación que existió entre el proyecto de ayuda y reconstrucción de la ciudad damnificada y la gestación de un movimiento político reformador liderado por Juan D. Perón. Se trata de un estudio que hace énfasis en la relación entre la política y la historia urbana y ambiental. En ese sentido, es una obra con clara orientación hacia un público especializado y, en consecuencia, toma la forma característica de un trabajo académico, con su aparato erudito característico.

El libro adopta una estructuración cronológica que se divide en cuatro partes: la primera y la segunda se ubican en los inicios de 1944, aunque el primer recorte remite al período que transcurre entre la formación del Estado nacional y los momentos previos a la catástrofe; la tercera parte se desenvuelve en los dos años que transcurren entre mediados de 1944 y la mitad de 1946; y finalmente, el cuarto bloque hace un repaso del período 1946-1962. Estos separadores temporales se adecúan a la hipótesis que plantea Healey, a saber: la catástrofe producida en San Juan impulsó la construcción de un nuevo movimiento político, el peronismo, ya que es allí donde un sector del gobierno militar liderado por la figura de Perón hizo por primera vez las promesas —dirigidas especialmente a los más postergados— de erigir un nuevo orden político, social y económico. La calamidad y sus nefastas consecuencias para la población sanjuanina dieron promoción a la figura del desconocido coronel a cargo de la aún más ignota Secretaría de Trabajo y Previsión (STP) y su visión de una nueva Argentina.

En tal dirección, Healey discute la lectura canónica del peronismo, la cual lo define como un movimiento que se inició en el centro (Buenos Aires) y solo llegó a los confines de la república más tarde. A su vez, también pone en tela de juicio que el peronismo entero se halle en ese núcleo y deba estudiarse desde allí ya que así se estaría negando la importancia de la política local. El autor considera que las ruinas de San Juan pusieron al descubierto un orden social profundamente desigual, a la vez que estimularon la formulación de una invitación a la transformación, que partió del grupo acaudillado por Perón, y que se extendería luego a toda la sociedad argentina. Asimismo, las ruinas funcionaron también como el laboratorio para poner a prueba el proyecto transformador, en el que se constataron tanto sus logros como sus límites, cuestión en la que el autor insiste, particularmente iluminando sobre una expresión de tal ambigüedad: los debates en torno a la reconstrucción, protagonizados principalmente por arquitectos e ingenieros. Efectivamente, Healey da cuenta de la pugna entre proyectos radicales y conservadores de reconstrucción, como otra expresión de la lucha entre un viejo orden que resiste a disolverse ante los embates de un movimiento político reformador.

Ahora bien, con respecto a las fuentes que selecciona el autor, cabe señalar que predominan las publicaciones periódicas, principalmente de San Juan, aunque también utiliza entradas de publicaciones regionales y capitalinas. Asimismo, Healey se vale de la indagación de publicaciones corpo-

rativas, es decir, revistas de arquitectura e ingeniería, así como de actas de las sociedades que los representaban institucionalmente. Finalmente, y en gran volumen, también se hallan referencias a publicaciones oficiales, ya sean boletines, censos, decretos, informes de oficinas públicas, etc. A partir de su indagación, Healey trata de reconstruir las tramas políticas locales y nacionales, así como dar cuenta de la evolución de la reconstrucción y la participación de los profesionales a cargo. Se trata de un gran trabajo de recopilación, sin duda, pero quizás las conclusiones a las que llega a partir de su análisis resulten demasiado arriesgadas.

De todos modos, el recurso a las estadísticas y a fuentes secundarias le sirve a Healey para iniciar su obra dando cuenta de la existencia hacia comienzos de la década de 1940 de un orden liberal, cuyas formas políticas no habían puesto coto a las desigualdades económicas imperantes que había promovido. Efectivamente, en la primera parte, titulada “Revelaciones entre las ruinas”, el autor describe la configuración socio-económica de San Juan, articulada alrededor de la explotación del cultivo de la uva y su tratamiento para su transformación en vino, cuestión expresada por el propio paisaje. En efecto, la mayor parte de la población se concentraba en el Valle Central, donde el ambiente estaba dominado por las principales bodegas exportadoras, complejos que empleaban a cientos de trabajadores, ubicadas a lo largo de las vías férreas que rodeaban a la capital. Afirma Healey: “estas estructuras eran la expresión física del poder social ejercido por sus dueños, los bodegueros, el grupo de familias que habían llegado a controlar la economía” (p. 37). También había productores medios y bodegas pequeñas, como asimismo viñateros independientes, los principales cultivadores de uvas, de diversa envergadura, que extendían sus plantaciones más allá de las bodegas. En general, concluye el autor, el monocultivo de la uva generó grandes fortunas y forjó una elite bodeguera mayormente urbana, que asimismo fue concentrando más y más las tierras cultivables. Como contrapartida se fue ampliando la población flotante de mano de obra no calificada, empleada unos meses al año en la vendimia y a menudo alojada en los suburbios empobrecidos de la ciudad. La brutal desigualdad del orden social se hacía evidente en las condiciones pésimas de trabajo y su magra paga. Asimismo se veía expresada en las condiciones de vivienda, agudizadas por el auge de las bodegas y la afluencia a la ciudad capital de habitantes desde el campo, que dieron lugar a la formación de los suburbios, mayormente pobres. Allí, la mayoría de las casas estaba construida con quincha, técnica de origen indígena, pero que ofrecía como pared una pantalla delgada y frágil, a menudo áspera,

irregular y aparentemente insalubre. Contrastaba con los sólidos bloques de adobe con que estaban hechas las casas de la elite, ubicadas principalmente entre las cuatro avenidas que rodeaban a la plaza central.

El cuadro de desigualdad socio-económico era reforzado a su vez por una política dominada por el conservadurismo, que postergaba la resolución de las necesidades de los estratos más pauperizados. Tal situación fue desafiada a partir de la década de 1920 por la irrupción en el juego político de las figuras de los hermanos Cantoni, personajes del mundo de elite pero armados de un programa reformador, más abierto a los reclamos de los sectores populares. Su llegada al poder significó la modernización del Estado provincial; los impuestos y las partidas de gasto público se elevaron para llevar adelante un programa de obras públicas que unificaría la provincia e intentaría diversificar la economía local. Asimismo, tal expansión del Estado le permitió al cantonismo responder a reclamos populares genuinos y construir una maquinaria clientelar de envergadura. Estas propuestas renovadoras, sumadas a un estilo político que no se privaba de amenazas y agresiones, impulsaron a la elite a complotar contra el cantonismo explotando sus conexiones con el poder nacional, que no tardaría en decidir sucesivas intervenciones.

Tal era el estado de cosas hacia 1944, cuando un terremoto evidenció el fracaso absoluto del orden liberal, particularmente en la ciudad de San Juan, que se vino abajo, dejando sumida en la desesperación a la mayoría de su población. Según Healey, las ruinas fueron una acusación al orden previo, un orden de Estado reducido a su expresión mínima, institucionalmente limitado, incapaz tanto de prevenir como de brindar ayuda y soluciones eficaces. Además, tal catástrofe reveló y profundizó las fisuras sociales en San Juan; gran parte de la elite local se marchó o se volcó a defender afanosamente sus intereses, cuestiones que terminaron de desacreditarlas. Ese orden desigual, afirma el autor, es lo que denunciaban los militares de 1943, y San Juan era la oportunidad para demostrar su capacidad y promover su proyecto de justicia social por la vía autoritaria.

Dentro de los atisbos de respuestas oficiales, sobresalió el lanzamiento de una campaña de solidaridad con los damnificados impulsado por Juan Perón, una figura hasta entonces secundaria. Éste creía en la posibilidad de movilizar a la población para canalizar una ayuda organizada desde el Estado, particularmente desde la flamante STP. En ese sentido, resalta Healey que la colecta fue la vía para llegar a un público masivo cuando la conexión con los líderes sindicales era aún inexistente.

Por otra parte, la intervención del Estado significó también su actuación en pos de la reconstrucción de la ciudad. El vértice del gobierno militar decidió que aquella seguiría las reglas del urbanismo moderno. Tal decisión implicaba reclutar equipos de arquitectos para evaluar sus propuestas, teniendo en cuenta cierta carencia de equipos técnicos estatales. Un repaso por las propuestas formales de reconstrucción es lo que hace Healey en la segunda sección, donde releva también las consecuencias materiales y políticas de cada proyecto, y asimismo las reacciones de las fuerzas vivas de la provincia.

Las propuestas de reconstrucción supusieron el enfrentamiento de dos posturas. Estaban por un lado los “quedistas”, quienes querían reconstruir en el mismo sitio, un grupo compuesto por bodegueros y aliados; mientras que por otra parte se hallaba a los “trasladistas”, arquitectos y militares reformistas, que proponían que la ciudad se reconstruyera en un sitio menos susceptible a la actividad sísmica. De todos modos, no se trataba sólo de una contienda por determinar dónde se levantaría nuevamente la ciudad, sino que cada postura significaba la promoción de intereses concretos. La elite bodeguera, en su mayoría, buscaba una reconstrucción librada a las fuerzas privadas, aunque pretendía que el Estado subsidiase sus negocios, desinteresándose mayormente por aquellos que habían quedado sin hogares. Y precisamente, el gobierno militar no desconocía la importancia de la industria del vino para la economía local y nacional. Había que asegurar la cosecha, lo cual implicaba no atacar frontalmente los intereses de la elite.

Pero, ¿por qué resultaban una amenaza los planes de las nuevas generaciones de arquitectos que promovían los militares reformistas? Estos profesionales se habían formado en un momento en el que el urbanismo estaba transformándose en planificación urbana, que implicaba el diseño ciudadano de acuerdo a funciones consideradas esenciales para la vida en sociedad: circulación, vivienda, trabajo y esparcimiento. La idea de reconstruir San Juan en una nueva ubicación suponía la aplicación de todo el nuevo instrumental de la arquitectura moderna, replanteando asimismo la economía y la política provincial. Sin embargo, la negativa al traslado reunió a la elite rápidamente, la cual, basándose en el perjuicio a los particulares y una supuesta inexistencia de lugares ajenos a la actividad sísmica en la provincia, promovió la idea de hacer a los edificios más resistentes. La condena se dirigió al adobe como símbolo de todos los males; ahora había que aplicar nuevas normas de construcción, tomando al hormigón como elemento base.

La oposición unificada de las elites y las urgencias provocaron, según Healey, que las autoridades nacionales dejaran momentáneamente de lado la discusión sobre el lugar de reconstrucción, y se volcaran a resolver —una vez restaurado el orden básico y con la vendimia en marcha— un problema apremiante: la vivienda. Y efectivamente, el Ministerio de Obras Públicas (MOP) comandado por Pistarini lanzó un programa habitacional de gran escala en San Juan, que incluía tres tipos de refugios: estructuras de emergencia, casas de mampostería y casillas de madera. Según Healey, “para los militares, este era el paso inicial hacia un futuro más justo, ordenado e industrializado (...) era el comienzo de un compromiso perdurable del Estado con la vivienda como derecho” (p. 110).

Por otra parte, si bien la ayuda del MOP y la STP tenían origen en la gestión nacional, eran las autoridades provinciales las responsables de asignarla, de modo que la distribución terminó reafirmando las divisiones de clase, aunque la mayoría de las viviendas fueron para los pobres, afirma Healey. De tal modo, el proceso de reconstrucción planteaba nuevos desafíos a un orden liberal en crisis terminal, al tiempo que se veía limitado por la resistencia de las fuerzas vivas de la sociedad, que aunaron esfuerzos para lanzar una campaña mediática contra el traslado de la ciudad con el apoyo argumental de un grupo de ingenieros. Para éstos, el Estado debía financiar la reconstrucción pero tomar distancia de las decisiones de los propietarios en cuanto a la misma, desplazando a un segundo plano la construcción de viviendas de emergencia para los pobres. Si bien aquello no sucedió, la creación de un organismo provincial encargado de la reconstrucción pareció un triunfo de las fuerzas vivas, o por lo menos un logro considerable.

Estos vaivenes en el proceso de reconstrucción, en cuanto a su mayor o menor radicalidad, son analizados en la tercera parte, llamada ilustrativamente “De caso testigo a fracaso ejemplar”. En palabras de Healey, “[se] analiza la relación cambiante entre la reconstrucción de la ciudad y la construcción de una nueva Argentina en el periodo tumultuoso julio 1944-julio 1946, cuando surgió el peronismo propiamente dicho” (p. 179). Efectivamente, los resultados obtenidos eran limitados, cuestión que para el autor tenía que ver con una pérdida de importancia de San Juan en las luchas políticas internas y de que aún no se sabía cómo proceder. Tal fenómeno contrastaba con la consolidación de la figura de Perón en el poder, hecho que se vincula a su vuelco en búsqueda del apoyo de los trabajadores. Esa elección puede que haya restado la prioridad que habría tenido la reconstrucción de San Juan en su momento como vía de gestación de una nueva fuerza política capaz de go-

bernar hegemónicamente. Según Healey, “que el compromiso con la transformación luego cambiara fue el resultado de derrotas específicas y no de una estrategia previa” (p. 203). Entonces, el autor parte de esa hipótesis para afirmar que San Juan funcionó como un terreno de ensayo para la Nueva Argentina, y que allí se pusieron a prueba las ambiciones de los arquitectos modernistas de construir una nueva nación y donde estas fueron rechazadas por una oposición local encabezada por sus rivales ingenieros.

Efectivamente, a la defensa de los intereses del *establishment* se prestó la corporación de los ingenieros, que incluso se volcaron a la crítica del estado de la reconstrucción —hecho cierto, el avance hacia mediados de 1945 era limitado— buscando asimismo el control de la misma. Y al igual que sucedía en el resto del país, la oposición también quería deshacerse de las reformas sociales. Sin embargo, los tiempos habían cambiado según Healey, la clase trabajadora era para el momento el principal apoyo de Perón. De modo que la oposición se concentró en atacar el estado de la reconstrucción y buscó controlar el organismo competente que era dirigido por un oficial que respondía al gobierno nacional, y asimismo arremetió contra las reformas laborales y los barrios de emergencia. Estos últimos eran el blanco predilecto, especialmente los barrios grandes asignados a los de “medios modestos”, que desde su punto de vista eran el caldo de cultivo de una galopante decadencia moral. No obstante, Healey entiende que “los barrios tenían sus defectos pero allí no se cobraba alquiler, los problemas eran resultado de errores del gobierno, pero también efectos duraderos del sismo y de las estructuras de poder de la provincia” (p. 217). Aún así, la movilización de la oposición convirtió la reconstrucción en un tema nacional y en un punto negativo para Perón.

Respecto a los arquitectos, estos no provenían de un mundo social ajeno al que predominó en las movilizaciones contra el gobierno militar, pero en su mayoría eran pragmáticos, conscientes de los beneficios institucionales del régimen, aún estando poco interesados en su programa.

Ahora bien, las críticas esbozadas por la oposición en octubre de 1945 fueron vueltas a sacar a la superficie en ocasión de la campaña presidencial de 1946, aunque focalizando ahora más en un supuesto manejo fraudulento de la ayuda a San Juan que en el estado precario de la reconstrucción, otra señal para Healey de que había sido la colecta la que había elevado a Perón al escenario nacional. La disputa política soslayó el debate acerca de la reconstrucción. Y precisamente, la última sec-

ción del libro, “Con escombros o sin escombros, queremos a Perón (1946-1962)”, versa sobre la relación divergente entre el proyecto para San Juan y el proyecto para la Nación. Según Healey, San Juan se reconstruyó como una sombra de lo que podría haber sido, la ruina de una promesa de una Nueva Argentina. Dice el autor que hasta entonces San Juan era un ejemplo clave para los procesos nacionales, pero luego perdió importancia. No obstante, la reconstrucción finalmente comenzó y las discusiones sobre planes pasaron a asuntos prácticos. En eso puso su empeño el nuevo gobernador, Alvarado, quien —sostiene el autor— decidió apostar el éxito de su administración a la reconstrucción. Los planes se llevaron al Congreso, donde el debate se centró en el financiamiento, el alcance y la autoridad política para la reconstrucción. Se mantuvo el organismo de reconstrucción, maniobrado por un agente adicto al gobierno nacional, y se sancionó un aumento en la financiación oficial. Esta falta de control fue lo que agudizó el malestar de la elite. Y en ese sentido, Healey sostiene que “no había ninguna visión unificadora de la futura ciudad que pudiera convencer a los trabajadores y a la vez superar la resistencia de la clase propietaria” (p. 263).

Sin embargo, la reconstrucción finalmente arrancó y apaciguó la lucha entre facciones. Además se tomaron algunas medidas para calmar a la elite, como la cesión de permisos de construcción a los dueños de lotes angostos, y el rediseño de las calles según su trazado previo al terremoto, recortando el plan radicalmente. De acuerdo con Healey, el diseño urbano se redujo a un juego de burocratas. Y además sostiene que “aunque los diseños de la elite eran menos ambiciosos, seguían siendo perjudiciales para la propiedad y muy dependientes de los modelos de Buenos Aires” (p. 277). Aunque no sería el anhelado laboratorio para el urbanismo, San Juan sería por lo menos un laboratorio para la autoridad profesional de los arquitectos.

De todos modos, mientras la reconstrucción avanzaba muy lentamente, ya durante el segundo mandato de Perón la popularidad de su figura se mantenía incommovible. En el plano habitacional había cierta sensación de progreso, debido principalmente a la venta de las viviendas de emergencia a los ocupantes por una suma nominal. Aquellos logros aislados serían una permanencia que no se alteraría con el cambio de gobierno en 1955, que sí definiría el camino a seguir: demoliciones para ampliar calles y concentración de esfuerzos dentro de las cuatro avenidas, para luego dar protagonismo a la construcción privada a través de la emisión de subsidios. Si bien a primera vista pareciera que la Libertadora cumplió el sueño de “dar línea” de las fuerzas vivas, éstas tampoco quedaron del

todo conformes por el espacio que se le estaba cediendo a la arquitectura. No obstante, se consolidó una configuración espacial que habilitó la concentración y la desigualdad.

Finalmente, cabe realizar una valoración de las hipótesis centrales de Healey. En principio, la idea de que el terremoto acaecido en San Juan brindó la oportunidad a un desconocido Perón de acercarse a las masas a través de la organización de una colecta de ayuda y asimismo proponer un nuevo orden basado en la justicia social. En tal sentido, la colecta y la reconstrucción serían la expresión de tal proyecto, la forma de promocionar los planes reformistas de los militares. Estas afirmaciones son correctamente justificadas por Healey, aún a pesar de parecer sobre-enfatizada la importancia de la colecta como vía de promoción del proyecto reformista de Perón. De todos modos, pareciera costarle demostrar la afirmación de que el peronismo como proyecto reformador no se inició en Buenos Aires, porque el hecho de que la catástrofe natural haya estimulado la formulación ante la población de un nuevo orden socio-político no le resta centralidad a las construcciones políticas que mientras tanto tuvieron lugar en el centro político del país. Lo que sí resulta más sólido en la postura de Healey es señalar que la reconstrucción de San Juan pierde dinamismo cuando Perón se consolida en el poder con el apoyo de los trabajadores y sus instituciones, y aquella pierde centralidad dentro de su construcción política. Ahí hay una interpretación convincente. También resulta muy completa la reconstrucción de la escena política local y sus avatares, luego de reposicionar tal terreno no tenido muy en cuenta en las obras sobre peronismo. Ese es quizás el fuerte de la obra de Healey, el examen de la trama política sanjuanina en el contexto de surgimiento y consolidación del peronismo, y asimismo el análisis que establece entre la historia urbana y la historia política. En ambos casos el tratamiento documental resulta muy solvente. En tal sentido, este trabajo de Healey se presenta como un aporte relevante para la historiografía del peronismo, en cuanto a los matices que introduce, los interrogantes que plantea y las contribuciones concretas que hace en cuanto a aspectos no abarcados, como el de la historia urbana.